

nuestra época obtuvo el duro nombre de científica. ¡Japoneses con vida real, con tres dimensiones, con una patria con paisajes de colores auténticos! Patrañas para el entretenimiento del pueblo, pero que a quien ha estudiado no pueden engañar...

EL origen del cuento de Vigario³

Vivía hace ya bastantes años en algún pueblo del Ribatejo un pequeño labrador y negociante de ganado llamado Manuel Peres Vigario⁴.

Se le acercó en cierta ocasión un fabricante de billetes falsos y le dijo: «Señor Vigario, todavía me quedan unos billetitos falsos de cien escudos cada uno.»

«Déjeme ver», dijo Vigario, y dándose cuenta rápidamente de que eran muy imperfectos, los rechazó. «¿Para qué quiero yo eso?» dijo; «eso no se pasa ni a un ciego».

El otro, no obstante, insistió; Vigario, regateando, cedió un poco. Por fin se realizó el negocio a diez escudos cada uno.

Ocurrió que a los pocos días Vigario tenía que pagar a dos hermanos, negociantes de ganado como él, el remate de una cuenta que ascendía a mil escudos. El primer día de feria, en el que se debía efectuar el pago, estaban los dos hermanos cenando en una taberna oscura de la localidad, cuando apareció por la puerta, tambaleándose de borracho, Manuel Peres Vigario. Se sentó a su mesa y pidió vino. Al rato, después de cierta charla, poco inteligible por su parte, recordó que les debía dinero. Y sacando la cartera les preguntó si no les importaba recibir todo en billetes de cincuenta escudos. Los hermanos dijeron que no les importaba, pero, como en ese momento la cartera se había entreabierto, el más cauto de los dos alertó con una mirada rápida al hermano sobre los billetes, que se veía claramente que eran de cien escudos. Hubo entonces un cruce de miradas entre los dos hermanos.

Manuel Peres contó tembloroso veinte billetes que entregó. Uno de los hermanos los guardó rápidamente, habiéndolos visto contar no perdió ni un instante en mirarlos. Vigario continuó charlando y, varias veces, pidió y bebió más vino. Después, por efecto natural de la progresiva borrachera, dijo que quería un recibo. No era costumbre, pero ninguno de los hermanos se preocupó. Manuel Peres dijo que quería dictar el recibo para que todo quedase claro. Los otros estuvieron de acuerdo con este capricho de ebrio. Entonces, Manuel Peres dictó como tal día, a tal hora, en la taberna de fulano, «en medio de una cena» (y continuó con toda la prolijidad estúpida de un borracho), habían recibido de Manuel Peres Vigario, del lugar de cualquier cosa, la cantidad de mil escudos,

³ Publicado por primera vez en el periódico *Sol*, núm. 1, en Lisboa el 30 de octubre de 1926, bajo el título «Un gran portugués». Repetido en *Noticias Ilustrado*, núm. 62, en Lisboa el 18 de agosto de 1929, bajo el título aquí traducido.

⁴ No se entendería la ironía de esta narración sin saber que efectivamente la palabra portuguesa para *timo* es «vigarice», para *timador* es «vigarista».

en billetes de cincuenta. El recibo fue fechado, sellado y firmado. Vigario se lo guardó en la cartera, se entretuvo un poco más, bebió más vino y por fin se fue.

Cuando al día siguiente quisieron pagar con el primer billete de cien escudos, el individuo que lo iba a recibir lo rechazó rápidamente por más que falso. Rechazó asimismo el segundo y el tercero. Y los dos hermanos, mirando detenidamente los billetes, verificaron que ni a ciegos se podían pasar.

Se quejaron a la policía, y fue llamado Manuel Peres que, oyendo atónito el caso, levantó las manos al cielo dando gracias a la borrachera que le había cogido providencialmente el día del pago y le había hecho exigir un recibo estúpido.

Claramente lo decía el recibo: «mil escudos en billetes de cincuenta escudos». Si los dos hermanos tenían billetes de cien no eran de él, Vigario, de quien los habían recibido. Se acordaba perfectamente, a pesar de la borrachera, de haber pagado veinte billetes y los hermanos no eran (decía Manuel Peres) hombres que aceptasen billetes de cien por billetes de cincuenta, porque eran hombres honrados y con buen nombre en todo el pueblo.

Y, justamente, Manuel Peres Vigario fue mandado ir en paz.

El caso, sin embargo, no podía permanecer en secreto. Por uno u otro lado empezó a contarse y se divulgó. Y la historia del «conto de reis de Manuel Peres Vigario»⁵, abreviado su título a «el conto del Vigario» pasó a ser expresión corriente en la lengua portuguesa.

4

Un testimonio importante - Sol en Libra - La traducción (casi completa) de la carta misteriosa - ¿Aleister Crowley estaba en Lisboa el día 24?⁶

En noviembre del año pasado recibí por correo una circular anunciando la publicación en seis volúmenes de las Confesiones de Aleister Crowley. El nombre me resultaba conocido, como a cualquier persona que viva en la civilización, por el gran escándalo, producido por diarios ingleses y americanos, que le rodeaba. La circular era interesantísima. Me suscribí, con sacrificio, a la publicación. A principios de diciembre recibí el primer volumen de las Confesiones; sólo éste y el segundo están por ahora publicados. El primer volumen se inicia con un horóscopo de Crowley. Como soy astrólogo, estudié atentamente este horóscopo y, cuando envié a los editores el precio del volumen, puse en mi carta una nota final: les dije que comunicasen al señor Crowley que su horóscopo estaba equivocado, debiendo haber nacido él un poco antes de la hora que suponía. Unos días después recibí una carta de Crowley agradeciendo mi indicación y encontrándola muy aceptable. De esta forma comenzaron, a distancia, nuestras relaciones. Cuando, a finales de diciembre, recibí el segundo volumen, envié a Crowley tres folletos míos, de versos, en

⁵ «Conto de reis» es una expresión equivalente a mil escudos. «Conto» en portugués, tanto puede ser dicha cantidad monetaria, como *cuento*, narración.

⁶ Publicado en «O Noticias Ilustrado», núm. 121, en Lisboa, el 5 de octubre de 1930, como parte de un artículo de Augusto Ferreira Gomes titulado *El Misterio de la Boca do Inferno*.

inglés, que tiempo antes había publicado. Al agradecerme los, Crowley me honró con la afirmación de que me quería conocer, y que aprovecharía el primer viaje propicio, de los muchos que realizaba, para venirme a hablar. Así lo hizo. Como tuvo que salir de Inglaterra por motivos de salud, eligió Portugal —o, más propiamente, la Costa del Sol— para una estancia de reposo. El 29 de agosto recibí un telegrama anunciando que llegaba en el «Alcántara» y pidiéndome que fuese a esperarlo.

El «Alcántara», retenido en Vigo a causa de la niebla, llegó el día 2 —en lugar del 1— de septiembre. Esperé a Crowley y le encontré tal como habíamos quedado⁷. Se inician en esa fecha nuestras relaciones personales. Crowley venía acompañado de una señora muy joven, que creí inglesa, aunque después supe que era alemana y se llamaba Hanni Larissa Jaeger. Se alojaron ambos en el Hotel de l'Europe, de donde pasaron, al día siguiente, al Hotel París, en Estoril. Me vi con ellos (los dos) sólo dos veces después de la llegada —una vez en Estoril, el día 7; otra en Lisboa, el día 9—. Después del día 9 no volví a ver a miss Jaeger.

El día 18 de septiembre recibí una carta de Crowley, escrita desde el Hotel Miramar, en Monte Estoril. Me decía que miss Jaeger había tenido, en la noche del 16, un violentísimo ataque de histeria, que había sobresaltado a todo el Hotel París; que por ello había ido al Hotel Miramar; pero que, en la mañana del 17, miss Jaeger había desaparecido, dejando sólo dos líneas escritas a lápiz, diciendo que «volvía pronto». El mismo día 18 Crowley vino a verme a Lisboa, visiblemente preocupado con la desaparición de miss Jaeger. Me dijo que, sobre todo, le preocupaba la oscurísima herencia de ella, su proclamada tendencia hacia el suicidio y la convicción que tenía de estar siendo perseguida por un mago negro llamado Yorke. Me parecía, por tanto, urgentísimo descubrir su paradero. Como creía que era realmente importante encontrar a miss Jaeger —cuya tendencia al suicidio, con o sin magos negros, no era tranquilizadora—, fui a la Policía de Seguridad, porque era amigo mío el segundo comandante, mayor Joaquim Marques, a quien expuse la situación y le pedí que se hiciera lo posible para encontrar a la desaparecida. Quedaron en buscarla, y sé que de hecho la buscaron. Que yo sepa, no la consiguieron encontrar. Veo ahora, en un periódico, que la Policía (no sé cuál) descubrió que ella había salido el día 20, a bordo del vapor «Werra», hacia Alemania, y que era americana y no alemana, habiendo pedido incluso auxilio económico al Consulado de Estados Unidos. Anoto y dudo. Su pasaporte, tal como lo vi y lo tenían en el Hotel de l'Europe, era alemán. Crowley se quedó en Lisboa, en el Hotel de l'Europe, desde el día 18 hasta el 23 (excepto el domingo 21, que fue a jugar al ajedrez a Sintra). Fue durante esta estancia en Lisboa cuando hablé más veces con él. El día 22 me dijo, y el día 23 me repitió, que se iba de nuevo a Sintra, que le había encantado y estaría allí algunos días. Se despidió de mí a las diez y media del día 23, en la puerta del Café Arcada, en el Terreiro do Paço. Nunca más hablé con él. Quiero creer que todavía le vi. El día 24, viniendo de Estrela, por la mañana, en el tranvía que baja por la Avenida, vi a Crowley, o su fantasma, doblar la esquina del Café La Gare hacia la Rua 1.º de Decembro. El mismo día 24, al cruzar la Praça Duque de Terceira, vi a

⁷ Cuenta la leyenda que cuando Crowley desembarcó en Lisboa le dijo a Pessoa: «¿Pero cómo se le ha ocurrido enviarme semejante niebla?»

Crowley, o a su fantasma, entrar con otro individuo en la Tabacaria Inglesa. En ninguno de los casos tuve tiempo, o incluso razones, para hablarle, ni me pareció muy raro que regresase a Lisboa un individuo que está en Sintra.

El día 25, pasando por el Hotel de l'Europe, le pregunté al portero si el señor Crowley efectivamente se encontraba en Sintra. Me respondió que sí, y que se quedaría allí hasta el fin de semana. Le dije que preguntaba porque había visto al señor Crowley el día anterior en las inmediaciones de la Estación del Cais do Sodré; a esto, el portero respondió textualmente: «Seguramente, fue ayer a Estoril con un amigo que tiene en Sintra.» Esto, como se ve, confirmó mi impresión, de cuya exactitud no tenía razones para dudar —la de haber visto a Crowley dos veces el día 24—. La Policía Internacional dice que él pasó la frontera el día 23. Si así es, es así, y en ese caso no fue a él a quien vi el día 24. Aceptaría con gusto la indicación de la Policía Internacional; aceptaría, con menos gusto, la hipótesis de que se tratase de una mistificación de Crowley, si no fuese por una circunstancia, contenida en la carta encontrada en la Boca de Infierno, que me hizo modificar, en cierto modo, mi impresión primitiva. La carta, traducida literalmente, dice lo siguiente:

L. F. P. Año 14, Sol en Libra.

No puedo vivir sin ti. «La otra Boca do Inferno» (sic)
me atraparé - no será tan caliente como la tuya.

Hisos. Tu Li Yu.

Explico hasta donde comprendo, y dejo para el final lo importante. «Año 14» es, sin duda, el presente año, en la cronología especial adoptada por Crowley, y cuyo origen desconozco. «L. F. P.» no sé lo que es, pero, por la colocación en la carta, debe ser el nombre místico de miss Jaeger o sus iniciales. «Hisos» tampoco sé lo que es, pero, también por la colocación, supongo que es una «palabra mágica», entendida sólo por ambos. «Tu Li Yu» sé lo que es, porque Crowley me habló una vez de ello: es el nombre de un sabio chino que vivió unos tres mil años antes de Cristo y de quien Crowley decía que era su encarnación presente. Y ahora el punto importante: la fecha es «Sol en Libra». Ahora bien, el Sol entró en el signo de Libra a las 18 horas y 36 minutos del día 23 de septiembre; en ese signo permanece hasta cerca del 22 de octubre. Esta carta fue, por tanto, escrita entre dicha hora del día 23 y la hora en la que fue encontrada. ¿Fecha falsa? No. Un astrólogo puede dar fechas falsas, como todo el mundo, siempre que use los guarismos o fórmulas vulgares. Lo que ningún astrólogo, por motivos que no es lícito revelar, osaría hacer es falsear una fecha escrita con signos astrológicos. Acepto que un astrólogo sea tomado por loco; pero entonces esa superstición es uno de los síntomas de su locura.

Sobre el hecho de que Crowley firme la carta no con su nombre propio, ni con ninguno de sus nombres ocultos o masónicos, sino con el nombre representativo de lo que considera su primera encarnación representativa, o el ser primero, «ser esencial», también habría que hacer algunas observaciones, y de algún modo vendrían al caso. Lo que aquí está, sin embargo, es suficiente.